

THOREAU

BIOGRAFÍA DE UN PENSADOR SALVAJE

ROBERT RICHARDSON

Traducción de Esther Cruz Santaella



errata naturae

Este libro está dedicado a

W. K. BATE

que enseña que «en el redescubrimiento personal de la grandeza, y a través de él, descubrimos que no necesitamos ser las víctimas pasivas de lo que, usando un enfoque determinista, llamamos “circunstancias”. Pero que, vinculándonos a la grandeza, podemos ser más libres: más libres para ser nosotros mismos, para ser aquello que más deseamos y valoramos»*.

The burden of the past
[La carga del pasado]

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2017

TÍTULO ORIGINAL: *Henry David Thoreau.*

A Life of the Mind

© 1987 The Regents of the University of California

Published by arrangement with University of California Press

© de la traducción, Esther Cruz Santaella, 2017

© Errata naturae editores, 2017

C/ Doctor Fourquet 11, local dcho.

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-40-0

DEPÓSITO LEGAL: M-7183-2017

CÓDIGO BIC: BG

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Todas las citas que se recogen en el texto aparecen en versión de la traductora de este libro, a excepción de las citas correspondientes a libros de Thoreau traducidos y publicados por Errata naturae editores. Con respecto a los títulos, tanto de libros como de ensayos u otros textos, se citan los originales cuando no se ha encontrado una traducción publicada, o bien cuando Thoreau lee originales en otras lenguas.
(Las notas al pie corresponden todas a la traductora, ya que las notas del original están recopiladas en un apéndice al final).

Índice

Prefacio	11
I. 1837. Regreso a Concord	15
1. Otoño de 1837: graduación	
2. El Harvard de Quincy	
3. Thoreau en Harvard	
4. Concord	
5. Emerson	
6. Los clásicos	
7. Alemania	
8. Sociedad	
9. Maestro en Concord	
10. Poesía	
II. 1838-1840. Los imperativos éticos del trascendentalismo	69
1. Verano y otoño de 1838	
2. El ojo de Henry Thoreau	
3. El cultivo de uno mismo	
4. Ellen	
5. Los ríos	
6. Esquilo, valentía	
7. Trascendentalismo	
8. Verano de 1840	
9. Otoño de 1840	
10. Diciembre de 1840	
III. 1841-1843. Reforma estadounidense	129
1. Escritos	
2. Thoreau y Emerson	

3. La Granja Brook
4. Reforma de uno mismo
5. El Oriente
6. Otoño de 1841
7. Tragedia
8. Excursiones
9. Enero y febrero de 1843
10. Staten Island

IV. 1843-1845. El camino a la laguna Walden 177

1. El mundo literario neoyorquino
2. *Un paseo invernal*
3. El ferrocarril llega a Concord
4. En el interior del hombre civilizado
5. Primavera y verano de 1844
6. Otoño de 1844
7. Primavera de 1845
8. «Fui al bosque a vivir deliberadamente»
9. La epopeya de la hoja
10. La nueva tipología de la hoja

V. 1846-1849. La profesión de las letras 219

1. Invierno de 1846: Carlyle
2. El nuevo Adam (Smith)
3. Primavera de 1846: Walden
4. El gran despertar
5. Verano de 1846: «Resistencia al Gobierno civil»
6. El lago North Twin y «Ktaadn»
7. Segundo año en Walden
8. Las cartas a Blake
9. Un perfecto texto estoico
10. La visión apolínea

11. Primavera y verano de 1849: «He elegido las letras»

VI. 1849-1851. El lenguaje del leopardo:

lo salvaje y la sociedad 269

1. Naufragio y rescate en Cape Cod
2. Otoño de 1849, primavera de 1850: el idealismo hindú
3. Primavera de 1850
4. Julio de 1850: el naufragio del *Elizabeth*
5. Agosto y septiembre de 1850: la materia de miles de Concorde
6. Otoño de 1850: viaje a Canadá
7. El rostro rojo del hombre I
8. El rostro rojo del hombre II
9. De noviembre de 1850 a abril de 1851: gramática parda
10. Una visión conservadora de la tecnología
11. El mito y lo salvaje

VII. 1851-1852. Nuevos libros, nuevos mundos 317

1. Primavera de 1851: la denominación de las manzanas
2. Junio de 1851: los cuatro mundos de Henry Thoreau
3. Thoreau, Darwin y *El viaje del Beagle*
4. Verano de 1851: trascendentalismo práctico
5. Otoño de 1851: ésta es mi casa, mi tierra nativa
6. De diciembre de 1851 a febrero de 1852: los breves días del invierno
7. *Lapidae crescunt*
8. Una lista suficiente de fracasos
9. Abril de 1852: William Gilpin
10. La articulación del paisaje
11. El florecimiento del hombre
12. Mi año de observación
13. Agosto y septiembre de 1852: vida de campo

VIII. 1852-1854. <i>Walden</i> o el triunfo de lo orgánico	373
1. Historia precolombina	
2. <i>Jesuit Relations</i>	
3. Panteísmo	
4. Estados Unidos	
5. Primavera de 1853: las puertas doradas	
6. Verano de 1853: <i>Walden</i> Cinco	
7. Otoño de 1853: amigos	
8. Chesuncook	
9. Enero de 1854: <i>Walden</i> Seis	
10. Febrero y marzo de 1854: el triunfo de lo orgánico	
11. Primavera y verano de 1854: Anthony Burns	
12. Julio y agosto de 1854: <i>Walden</i>	
IX. 1854-1862. La economía de la naturaleza	433
1. Noche y luz de luna	
2. Nuevos amigos	
3. «Una vida sin principios»	
4. Recuperación	
5. «La dispersión de las semillas y la sucesión de los árboles boscosos»	
6. Walt Whitman y la ética de la intensidad	
7. El indio	
8. «Colores de otoño», John Ruskin y el ojo inocente	
9. Louis Agassiz y la teoría de la creación especial	
10. «Una defensa del capitán Brown»	
11. Darwin y la teoría evolutiva	
12. Más allá del trascendentalismo: los proyectos de historia natural	
13. Los mundos, de uno en uno	
Cronología de Thoreau	527
Notas	529

PREFACIO

La presente obra es una biografía intelectual de Henry David Thoreau que abarca desde 1837, cuando Thoreau tenía veinte años y estaba terminando sus estudios universitarios, hasta su muerte en 1862. Mi propósito principal ha sido relatar la evolución de Thoreau como escritor, naturalista y lector, lo que ha requerido abordar su vida como un todo y situarla en los contextos públicos que enmarcan la existencia de cualquiera, con independencia de lo privada que sea. De Thoreau se recuerda siempre su necesidad de dar un paseo diario de al menos cuatro horas «deambulando por los bosques, las colinas y los campos, absolutamente libre de toda atadura mundana». Sin embargo, no siempre se tiene presente que pasaba al menos el mismo tiempo todos los días sentado ante el escritorio, leyendo y escribiendo. Emerson acertó de pleno al resumir la educación de Thoreau y, pensando en un título académico al uso, le concedió a su amigo el de «licenciado en pensamiento y naturaleza».

Existe una muy antigua tradición de generosidad y buena disposición entre los thoreauvianos modernos que confiere el placer de reconocer aquí unas pocas de las muchas deudas que he adquirido durante la preparación de este volumen. Anne McGrath, Malcolm Ferguson, Tom Blanding y el resto de miembros del Thoreau Lyceum en Concord me ayudaron a resolver dudas y aportaron material, sobre todo en lo referido a Ellen Sewall. Marcia Moss, de la Concord Free Public Library, se mostró siempre entusiasmada y servicial con todo tipo de asuntos archivísticos. Martin Ridge y el personal ejemplar de la Henry E. Huntington Library de San Marino permitieron que la investigación de la última parte del libro fuese muy rápida y agradable. Me he beneficiado asimismo de la útil cooperación de los bibliotecarios de la Pierpont Morgan Library, la Berg Collection de la New York Public Library, la Boston Public Library, la Houghton

Library de Harvard y la biblioteca Special Collections de la Universidad de Denver.

Evelyn Barish, Raymond Borst, John W. Clarkson Jr., Bradley Dean, Dana McLean Greeley, Robert Gross, Michael Meyer, Rosemary Mitten, Joseph J. Moldenhauer, Donald Mortland, Joel Myerson, Margaret Neussendorfer, Joel Porte, Barton L. St. Armand Richard Schnieder, Gayle L. Smith y Kevin P. Van Anglen me proporcionaron todos información, asistencia o inspiración y, en ocasiones, las tres cosas.

Robert Sattelmeyer puso a mi disposición los resultados de su estudio sobre las lecturas de Thoreau, de un valor incalculable. Stuart James leyó un primer borrador y me mostró muchísimos caminos para mejorarlo. Victor Castellani me ayudó con el latín y John Livingston, con apuntes de historia. Judy Parham creó un fichero enorme con las lecturas de Thoreau que resultó indispensable. Carolyn Martin y Bradford Morgan me aportaron visiones nuevas sobre *Musketaquid* y *Los bosques de Maine*. Beth Witherell y su equipo de Thoreau Edition en Santa Bárbara excedieron con mucho su deber al suministrarme copias sin fin del material que se está publicando poco a poco en los preciosos volúmenes nuevos de Princeton.

Walter Harding, deán de los estudiosos de Thoreau, mostró una generosidad espléndida al ofrecerme información y ánimos, y no sólo a mí, sino a muchas otras personas que comparten su fidelidad hacia «El hombre de Concord». Habría sido imposible escribir este libro sin que él guiase el camino. Philip Gura ayudó en muchos sentidos. Fue el primero en sugerir que el libro se extendiese hasta la muerte de Thoreau. He viajado mucho y durante muchos años por Denver con Burton Feldman como coaventurero de ideas, y fue él quien me convenció de que hay que saber llegar al público en general, además de al especializado. Allen Mandelbaum me animó y me ayudó, y mejoró el propio manuscrito, de muchas y variadas maneras, y desde el

principio hasta el final. Nunca dejó de creer en el proyecto, y le transmitió su entusiasmo a Stanley Holwitz y al espléndido plantel editorial y de producción de la University of California Press. Es un placer para mí —y un gran halago— que este libro tenga un lugar en el corpus distinguido y cautivador de Barry Moser. En la dedicatoria se reconoce sutilmente una deuda enorme y de antiguo, impagable en última instancia.

Este libro es también para mis hijas y para mi esposa. Es para Lissa, cuyo individualismo alegre y lleno de iniciativa me confirmó que San Henry puede ser el patrón de las mujeres, no sólo de los hombres; para Anne, cuya pasión por el compromiso y las relaciones me llevó a prestar atención a las facetas sociales y personales de Thoreau (además de hacerle ella misma una lectura minuciosa y útil al manuscrito); y para Elizabeth, que ha sido, en las duras y en las maduras, la crítica más implacable, la compañía más cercana y la colega más importante.

«Confinarse, necesitar verdaderamente una cosa, o unas pocas cosas, y también amarlas verdaderamente, aferrarse a ellas, darles todas las vueltas necesarias, llegar a unirse a ellas, eso es lo que hace al poeta, al artista, al ser humano».

Johann Wolfgang von Goethe
Carta a Charlotte von Stein del 22 de julio de 1776

I. 1837
REGRESO A CONCORD

1. Otoño de 1837: graduación

Al regresar a Concord procedente de la Universidad de Harvard a principios del otoño de 1837, David H. Thoreau acababa de cumplir veinte años. De estatura media, o un poco por debajo, con hombros caídos y tez de campo, mostraba aires de una raza marinera. Caminaba con una energía inusual y la gente recordaba su rostro despejado y su boca agradable y expresiva, además de la robusta nariz aguileña que hacía que a algunos se les asemejase a César y a otros les recordase a Emerson. Tenía el pelo fino, de color castaño claro. En conjunto, no era una figura llamativa ni cautivadora salvo por un rasgo: los ojos, unos ojos firmes, serios, grandes y profundos, de color azul claro o gris, según la luz. Mientras paseaba por Concord, la gente se percataba de que esos ojos rara vez abandonaban el suelo; sin embargo, cuando lo hacían y levantaba la mirada, barrían todo su derredor de un vistazo. Los ojos de Thoreau tenían una sinceridad llamativa, iluminados como estaban por la inteligencia y el humor¹.

La graduación de Harvard había tenido lugar el 13 de agosto, después, y no antes, de las vacaciones de verano, como era costumbre por aquel tiempo. A las dos semanas, Thoreau no sólo estaba de vuelta en Concord, viviendo con su familia en la casa Parkman con vistas a Main Street (en el lugar que ocupa la biblioteca pública actual), sino que además tenía un empleo como profesor en las escuelas públicas de Concord. En 1837, Estados Unidos vivió una crisis financiera y el inicio de una grave depresión que duró hasta la década de 1840. Los bancos habían ido suspendiendo pagos uno tras otro y Thoreau tuvo suerte ya con sólo conseguir un trabajo, mucho más con que fuera un buen trabajo. No obstante, antes de completar dos semanas en el puesto, había renunciado a él con tal de no administrar a los alumnos las reprimendas físicas esperadas. Según cuenta una

anécdota famosa, uno de los miembros del comité escolar de Concord, Nehemiah Ball, acudió un día a ver cómo Thoreau daba su clase. Llamó a Thoreau al pasillo y le recriminó que no estuviera usando la vara. Poseído por un resquemor y un enfado que acabaron con su compostura, el impulsivo maestro de veinte años volvió al aula, eligió a seis estudiantes al azar —tal como se afrontaría un motín en el ejército— y procedió a golpearles. A continuación, dejó el trabajo. Fue todo extraordinariamente repentino. Su carrera en las escuelas públicas se había iniciado con buenos auspicios y había concluido de manera catastrófica antes de que hubiese transcurrido un mes desde la graduación².

En cualquier caso, el otoño no fue por completo decepcionante. Unos días antes de su encuentro con Ball, hacia mediados de septiembre, se encontraba un domingo por la tarde paseando y buscando reliquias indias con su hermano John, «con la cabeza llena del pasado y sus restos». Al llegar a la orilla del río Sudbury, en el nacimiento del arroyo Bridge, un lugar con vistas al monte Clamshell y con el monte Nashawtuc a la derecha, Thoreau se animó a hacer «una elegía extravagante sobre aquellos tiempos salvajes» en los que los indios vagaban por los bosques de Concord antes de que llegase el hombre blanco. Metiéndose de lleno en el papel, preguntaba: «¿Con qué frecuencia habrán estado en este mismo lugar, a esta misma hora?». Y continuaba: «Aquí se encontraba Tahatawan y ahí —señalando al azar al suelo— está la punta de flecha de Tahatawan». Fue una mera floritura retórica, el gesto de un niño jugando a los indios, pero cuando se encorvó impulsivamente —para completar la escena— y recogió el trozo de piedra más cercano que encontró, resultó ser «una punta de flecha perfecta, tan afilada como si acabara de salir de las manos del artesano indio». Había sido uno de esos pequeños golpes de suerte que tiene cualquiera, aunque algunos con más frecuencia que otros. En años posteriores, visitante tras visitante narraría cómo Thoreau era capaz de encontrar puntas de flecha

casi a voluntad. En parte, claro, Thoreau iba buscándolas y esperaba encontrarlas. En cualquier caso, este hecho debió de parecer un augurio, una señal de que las simpatías de la imaginación del joven maestro, más allá de lo extravagantes y románticas que fuesen, no eran en el fondo ridículas ni estaban fuera de lugar. Thoreau insistió siempre en que había tenido una suerte extraordinaria durante toda la vida y podría haber dicho, como hizo Picasso refiriéndose a una vida similar, «yo no busco, yo encuentro»³.

Aquel otoño en concreto resultó ser un buen augurio para Thoreau también de otras maneras, pues fue entonces cuando por primera vez estrechó lazos de verdad con Emerson, al que impresionó profundamente, hecho sobre el que este último volvería una y otra vez en años posteriores. Emerson recordaba a Thoreau como un «joven fuerte y sano, recién salido de la universidad». Thoreau, por su parte, acababa de leer *Naturaleza* de Emerson esa primavera. Para finales de la tercera semana de octubre, durante esa estación de Nueva Inglaterra que, según comentó Thoreau alguna vez, «labraría la reputación de cualquier clima» por sí sola, Emerson había convencido a Thoreau para que empezase a llevar un diario y lo estaba animando a plantearse la escritura como profesión. ¿Quién iba a preocuparse por haber sufrido el rechazo de Nehemiah Ball cuando Ralph Waldo Emerson lo había aceptado como amigo?⁴

Fue un otoño ajetreado y azaroso para Thoreau. Hubo paseos y excursiones por el río, aparte de la vida familiar activa en casa con su madre, su padre y su hermano, por no mencionar a tías y huéspedes. Trabajó además para su padre, fabricando lápicos. Tras el primer fiasco como profesor, estuvo buscando ansioso otro trabajo, y surgió la amistad tonificante con Emerson, que le cambiaría la vida. Asimismo, aquel otoño Thoreau invirtió mucho tiempo en leer, escribir y pensar. Cuando sus hábitos se asentaron en años posteriores, el paseo diario de varias horas

se convirtió en una necesidad, pero desde el principio fue escritor y caminante a la par, y también necesitó siempre pasar un rato ante el escritorio todos los días. «Busco una buhardilla», escribió en la anotación que inauguraba su nuevo diario. Recorrió Concord en sus paseos y excursiones por el río. Recorrió el resto del mundo a través de los libros en la buhardilla y, entre viaje y viaje, fue relatando ambos tipos de excursiones⁵.

Hasta aquel otoño de 1837, Thoreau es una figura desdibujada. Hay algunos hechos, algunas cartas, varios recuerdos de niño o estudiante, pero todo viene de fuera, por así decirlo. Sólo lo vemos como otros lo vieron. Incluso sus propias cartas y redacciones universitarias parecen escritos en exclusiva para otras personas. Sin embargo, cuando en octubre de 1837 empieza a llevar un diario, cantera y esencia de buena parte de su mejor obra, comenzamos a ver al hombre completo al tener la posibilidad de seguir la vida interior atestada, intensamente cargada y en rápida evolución que acompaña a la vida exterior ajetreteada de Thoreau, y que revela los pensamientos ocultos tras los ojos de las conocidas fotografías.

Resulta sorprendente cuántos de sus temas principales aparecen en el registro de este único otoño. Adquiere ya un interés ambientalista por los bosques y los campos. Le atraían el río y sus posibilidades para viajar y construir metáforas. En mitad de una vida cada vez más ocupada, ya hay un decidido interés por conservar algo de soledad para sí. Durante el otoño, hay mucha poesía y poetas: citas de poetas ingleses, de Goethe y de Virgilio, y algunos de los mejores poemas de Thoreau datan de aquel año. Se ha ocupado ya de la idea de una vida primitiva y heroica, reflejada de manera distante pero atractiva en la literatura temprana del norte de Europa, así como en las costumbres de los indios norteamericanos. Está interesado en el cultivo de uno mismo —concepto que los alemanes llamaban *Bildung*— y sus apuntes dan muestra de su característica, profunda y constante

relación con el mundo natural, con la vida, de hecho: una sensación apasionada y extática de gozo.

Thoreau pasó todo el otoño leyendo a Goethe y a Virgilio con un entusiasmo inspirado por la afinidad con la naturaleza. Repartió el tiempo entre la lectura del *Viaje a Italia* [*Italienische Reise*] de Goethe —y su traducción del alemán al inglés— y los paseos por Concord. Al igual que Goethe relata en ese libro su descubrimiento de que la hoja es la ley de la morfología de las plantas, Thoreau empezó a percibir la naturaleza como variaciones infinitas de ciertas leyes subyacentes.

En Virgilio, Thoreau reconoció algo aún más importante. Entre sus notas de mediados de noviembre, destaca esta frase: «Leería a Virgilio aunque sólo fuera para recordar la identidad de la naturaleza humana en todas las eras». Pese al tono plano, poco original e incluso soso de la afirmación, ésta es, junto con la idea complementaria de la identidad de la propia naturaleza en todas las eras, la piedra angular del pensamiento maduro de Thoreau, la base y el punto de partida de sus convicciones más enraizadas y características sobre la historia, la naturaleza, la sociedad y el individuo.

Desde el punto de vista de los periódicos, los grandes acontecimientos de 1837 fueron el ascenso al trono de la reina Victoria, la protesta en Canadá contra el dominio inglés —una rebelión que se convirtió en una guerra abierta— y un grave pánico financiero en Estados Unidos surgido inmediatamente después de las Guerras Semínolas de Georgia y Florida, un conflicto caótico, impopular, amargo e inconcluso. Así pues, los principales acontecimientos en la vida del joven Thoreau aquel otoño fueron sus encuentros con Emerson, Goethe y Virgilio. El otoño mismo había sido su verdadera graduación y, en algún momento antes de que el año expirase, como para marcar el nuevo comienzo, Thoreau cambió el orden de sus nombres de pila para convertirse por primera vez en Henry David.

2. El Harvard de Quincy

De 1833 a 1837, Thoreau había sido alumno de la Universidad de Harvard, y pese a que él despreciaba el ámbito universitario y la educación que recibió, hay que considerar Harvard una influencia formativa crucial en su vida. Cuando se marchó de Concord a Cambridge, Thoreau no pasaba de ser otro aspirante que llegaba del campo. Solitario, sin un céntimo, vagamente prometedor pero testarudo en exceso, era un estudiante marginal con perspectivas marginales. Cuando regresó de la universidad, Harvard, con todas sus limitaciones, le había enseñado, por supuesto, a emitir un juicio sobre Harvard y, de hecho, lo había preparado para una vida intelectual. El reconocimiento llegaría más tarde.

En 1833, Harvard era una escuela pequeña que atraía a la mayoría de sus estudiantes de los alrededores y funcionaba a una escala difícil de imaginar hoy. En 1839-1840, en todas las escuelas de Harvard sólo había matriculados 432 estudiantes que, con un profesorado de 25 docentes, ocupaban un puñado de edificios en Cambridge, la mayoría de ellos construidos con financiación pública. Con calles sin pavimentar y cerdos en pocilgas detrás de la residencia universitaria, el lugar tenía una atmósfera inequívocamente rural. Boston, al otro lado del río y hacia el este, camino de la bahía, era todavía una ciudad de tan sólo 75.000 habitantes¹.

La universidad tenía un rector, 11 profesores, 7 instructores, 9 supervisores (una mezcla de supervisor residencial y ayudante docente), un tesorero, un administrador y un bibliotecario para sus 41.000 libros. No había más personal de administración. Hasta 1870 no designaron al primer decano. El propio rector escribía las cartas de recomendación, calculaba las notas, se ocupaba de las infracciones disciplinarias y asignaba las becas.

El presupuesto de la universidad en 1840 ascendía a algo más de 45.000 dólares, de los que poco más de 28.000 se destinaba a los salarios. El salario medio profesional era de 1.500 dólares al año, tres veces superior al del maestro mejor pagado de Concord. El sueldo de un maestro rural podía partir de 100 dólares anuales, mientras que un jornalero del canal de Erie ganaba 88 céntimos al día y un carpintero obtenía 1,25 dólares diarios².

La matrícula de un año en la universidad costaba 55 dólares, y el gasto total para un estudiante a finales de la década de 1830 alcanzaba los 188 dólares al año. Los libros de texto suponían una parte importante, así como el alojamiento y la alimentación, pero el combustible era la mayor de todas. La habitación normal en una residencia se caldeaba con una chimenea y se necesitaban casi 22 estéreos de leña al año para calentarla (unos 15 metros cúbicos), por un total de 22,50 dólares, o más del 10% del coste total de ir a la universidad.

Por entonces, Harvard era un lugar modesto y marcadamente local, que atraía a menos estudiantes de Connecticut, por ejemplo, que Yale de Massachusetts. La clase de último curso de Harvard en 1836, con 39 estudiantes, queda muy por debajo de las de Yale, Union y Dartmouth, con 81, 71 y 44, respectivamente. Ninguna universidad del país tenía una clase de último curso con más de 100 alumnos, ya que los estudios universitarios aún eran algo reservado para unos pocos. En la década de 1840, en Nueva Inglaterra, había un estudiante universitario por cada 1.294 personas de la población general. La cifra en 1985 era de un estudiante universitario por cada 19.

Académicamente, el Harvard de Thoreau estaba en un periodo de estancamiento. Josiah Quincy fue uno de los rectores más mediocres de Harvard y el profesorado, con pocas y brillantes excepciones, no era en absoluto sobresaliente. El objetivo de la educación universitaria no era la enseñanza liberal, sino, en palabras del rector Quincy, un «machaque concienzudo». Incluso

aunque los profesores quisieran enseñar más que machacar, la carga docente era considerable, entre veinticinco y cuarenta horas de clase semanales. El plan de estudios estaba en gran medida fijado y desagradaba a casi todos. Consistía en tres años de griego, tres de latín, dos de matemáticas, uno de historia, tres de lengua inglesa y dos años de una lengua moderna. Pese a que se permitían algunas optativas desde 1825, la universidad se cuidaba de disuadir de ello a los estudiantes asignándoles la mitad de los créditos usuales. Quizá el peor aspecto de Harvard fuese el odiado sistema de calificaciones aplicado también desde 1825 y refinado por Quincy hasta convertirlo en un disparate oneroso. Según ese sistema, se evaluaban y calificaban todos los aspectos de la vida universitaria. Todos los estudiantes recibían una nota en una escala del uno al ocho todos los días. El total, que se utilizaba para determinar el nivel de clase, de lo que a su vez dependía la concesión de becas, se sometía a todo tipo de deducciones, incluidas las disciplinarias por ausentarse de la capilla o de las clases o violar un toque de queda, por ejemplo. Según un relato de la época, «en las oraciones diarias, un profesor vigilaba a la congregación desde una especie de garita elevada y anotaba los nombres de cualquier culpable de cometer una falta». Todos los instructores y monitores enviaban sus notas semanalmente al «viejo Quin», que, con un comportamiento más de director de escuela que de rector de universidad, se encargaba de sumar las calificaciones. En el caso de Thoreau, cometió numerosos errores inadvertidos, cosa quizá inevitable en un régimen tan complejo en el que el estudiante medio acumulaba más de quince mil puntos antes de graduarse. Según Quincy, el joven Thoreau se había «imbuido de ciertas nociones relativas a la emulación y al rango universitario», que era su manera de decir que Thoreau había expresado un desagrado evidente hacia el sistema. Y no fue el único. Con un sistema de calificación que hace que la media moderna de puntuación calculada con

tres decimales parezca encarnar la simplicidad y la justicia, no sorprende que Thoreau perdiese el respeto por él y quizá por la universidad que permitía su aplicación, ni tampoco que la escuela estuviese intranquila bajo el mandato de Quincy³.

Las tres R' en Harvard durante la época de Thoreau eran aprendizaje por repetición, reglamentación y revueltas. Los alumnos solían entrar en la universidad con quince años, a veces antes. La vestimenta, los horarios y la asistencia estaban reglados. Las comidas se hacían en comedores colectivos y se decía que los platos —como se dice de toda comida universitaria— eran terribles. El desayuno consistía en café, bollos calientes y mantequilla. A media mañana servían té y bollos fríos «con consistencia de lana». El almuerzo era la única comida copiosa, y los estudiantes a veces dejaban clavada una pieza de la carne del mediodía debajo de la mesa, con un tenedor, para tener carne en la cena. Los chavales se levantaban media hora antes del amanecer en invierno y se apiñaban en una capilla gélida sin calefacción para el servicio de antes del desayuno. Subían, asistían a clase y se iban a la cama al sonar la campana, y el ambiente general se parecía más al de un internado que al que hoy imaginamos en una universidad. Los estudiantes tenían hábitos rudos: tirarse comida en el comedor no era nada comparado con la destrucción habitual de ciertos bienes, que no se limitaba a romper mobiliario. Los espacios comunes de los edificios habitados volaban por los aires con pólvora «todos los años», según algunos relatos⁴.

En la primavera de 1834, hacia el final del primer curso de Thoreau, se produjo la rebelión más violenta en la historia de Harvard. Incapaz de descubrir quién había sido el responsable de la revuelta —que había comenzado cuando un estudiante le soltó una insolencia a un profesor y acabó con unos daños

³ Este concepto hace referencia a las bases de un programa educativo implantado en las escuelas y que se centraba en las competencias básicas, a saber, la lectura, la escritura y la aritmética (en inglés, *reading, writing and arithmetic*, tres términos que incluyen una R).